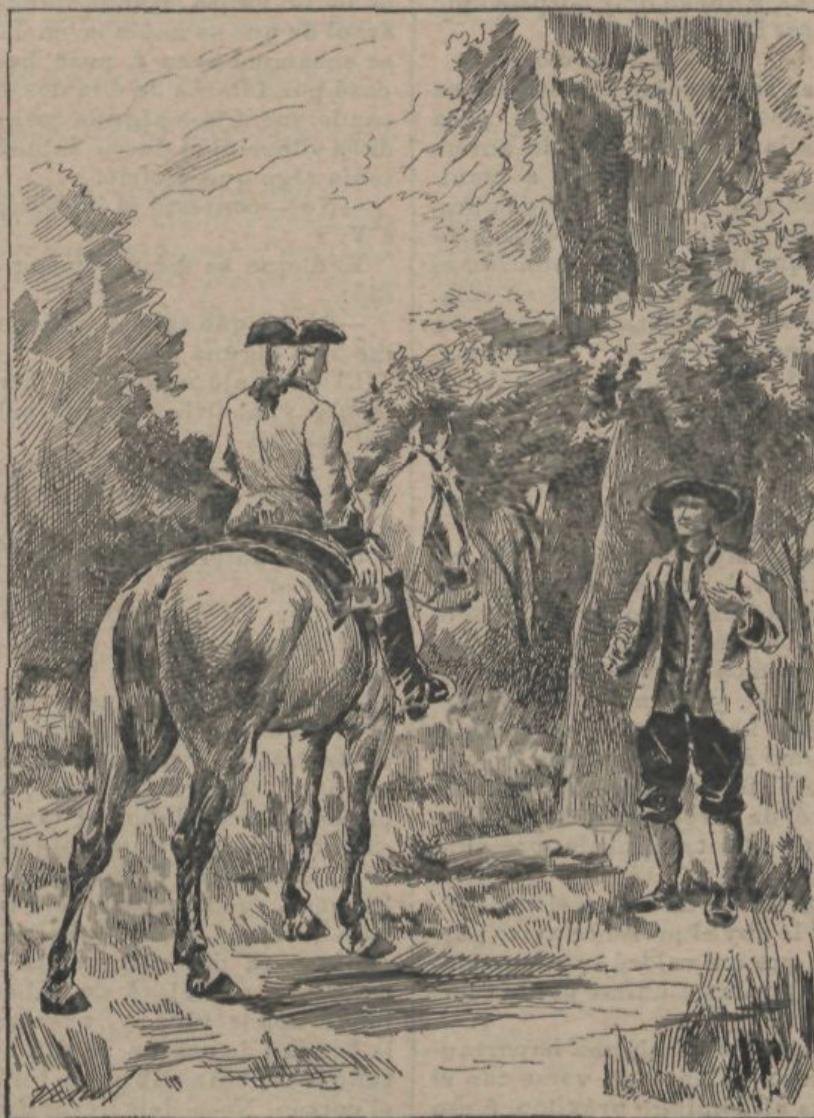


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ••• BARCELONA, junio de 1895 ••• NÚMERO 85

— Con el presente número se entregará el cuaderno 35 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



UN MARTIRIO INEXPLICABLE

El duque encaminóse poco á poco hacia el hombre, y, después de saludarle, preguntóle si tenía algo que decirle

SUMARIO

Un misterio inexplicable.—La Ley de Lynch.—Las malas tierras.

UN MISTERIO INEXPLICABLE

Guillermo Barnard, hijo de un cochero de Westminster, era hombre de buen carácter, y, al parecer, de apreciables cualidades, en cuya vida no había ocurrido nada de particular hasta que se le acusó de un crimen, extraño por la manera de cometerlo, y notable á causa de no haberse reconocido motivo alguno para arriesgar la vida en tan punible e injustificable acto.

En el año 1758 se encontró una carta bajo la puerta de la Comandancia de artillería, cuyo sobre estaba escrito con letra imitando la de imprenta, y en el cual decía: «A Su Gracia el duque de Marlborough». El duque era entonces Maestre General, y quedó muy sorprendido al leer las siguientes líneas:

«Noviembre, 28

»Señor: Como las ceremonias son ociosas en la mayoría de los casos, particularmente para personas que se hallan en un estado de ánimo semejante al mío, pasaré desde luego á manifestarle con qué motivo y fines le dirijo la presente, que interesa por igual á los dos. Ante todo, debo decirle que mi presente situación es tal, que preferiría morir á continuar en ella.

»Las enfermedades desesperadas requieren remedios que lo sean también, y V. es el hombre que yo he elegido para salir del paso de un modo ú otro. Como nunca he tenido el honor de vivir entre los grandes, tal vez mis proposiciones no sean muy corteses; pero esto mismo servirá de argumento para confirmar la creencia en lo que ahora voy á escribir.

»Durante algún tiempo he consagrado mi espíritu de inventiva á buscar un medio de aniquilar al prójimo sin exponer mi propia vida; y, al fin, lo encontré, y me fué dado desafiar las leyes. Veamos ahora su aplicación. Yo estoy desesperado, y se me debe atender; en la mano de V. está hacerlo, y yo me encargo de inclinar su ánimo á servirme, para lo cual será necesario que V. me proporcione recursos para toda la vida, ó, de lo contrario, la de V. se extinguirá antes de que termine la presente legislatura.

»Tengo más motivos de uno para elegir á V. en esta ocasión, y le doy el presente aviso porque los medios de que me valdré son demasiado fatales para que puedan eludirse por la fuerza física.

»Si V. cree que esto es de alguna importancia, no tendrá inconveniente en verse con el autor de esta carta el domingo próximo, á eso de las diez de la mañana, ó el lunes, si el tiempo está lluvioso el día antes, para lo cual debe esperar cerca del primer árbol que hay más allá de la escalinata de Hyde Park, en el paseo de Kensington. El secreto y la asistencia á la

cita pueden librarse á V. de un doble peligro, pues en cierta parte del mundo se ha deseado con ansia la muerte de V. por otros motivos.

»Conozco demasiado bien el mundo para confiar este secreto á nadie. Algunos días bastarán para determinar si me ha de tener V. por amigo ó enemigo.

»Felton.»

«Le advertiré que entiendo que irá V. solo, y no dude que si llegase á descubrir alguna celada ó artificio, esto sería fatal para V. Su salvación está asegurada por mi silencio, pues solamente la confesión puede condenarle.»

El duque fué al sitio señalado, previniendo antes á un amigo suyo que vigilase á cierta distancia cuanto sucediera. Esperó cerca de media hora; y como no viera persona alguna que pudiese considerar como el autor de la carta, hizo dar la vuelta á su caballo, y dirigióse hacia Piccadilly; pero á los pocos pasos, al mirar hacia atrás, vió á un hombre apoyado en un punto situado á unas veinte varas del árbol de que se hablaba en la carta. Entonces se encaminó poco á poco hacia la persona, y pasó por delante de ella dos ó tres veces, esperando que dijese alguna cosa; pero como guardaba silencio, el duque saludó y preguntóle si tenía algo que decirle.

—No,—contestó el hombre,—no le conozco á V.

El duque se dió á conocer entonces, y añadió:

—Ahora que sabe V. quién soy, supongo que me dirá alguna cosa.

El extranjero contestó otra vez negativamente, y, al oírlo el duque, salió resueltamente del parque.

Pocos días después recibía una segunda carta, escrita con el mismo carácter de letra, y que se colocó también debajo de la puerta, como la anterior. Estaba concebida en estos términos:

«Señor: La presente tiene por objeto reconocer la puntualidad en cuanto al sitio y la hora de la cita el domingo último, aunque por causa suya no sirvió de nada. La circunstancia de ir armado y de tener un auxiliar á la vista eran cosas inútiles y demasiado marcadas. No necesitaba V. ningún ayudante; el sitio no era propio para hacer daño, ni tampoco se intentaba esto. Si se pasea V. por el lado O. de la Abadía de Westminster el domingo próximo á eso de las once, su sagacidad debe indicarle la persona á quien ha de dirigirse, solicitando su compañía para dar una vuelta ó dos con V. Si lo pregunta, no dejará de saber su nombre y el lugar donde vive, y, averiguado esto, tendrá la bondad de enviar al día siguiente doscientas ó trescientas libras en billetes de Banco por el correo. No se deje llevar de la curiosidad demasiado pronto: en su mano está hacer que yo quede agradecido bajo ciertas condiciones. Tengo amigos muy fieles, pero son como algunos perros que muerden antes de ladrar. Soy de V. afectísimo,

F.»

El duque volvió á Hyde Park, vestido como la generalidad de las personas, y sin llevar más insignia que la estrella de la Orden de la Jarretiera, siendo la silla del caballc, con sus pistoleras iguales á las que usan los oficiales del ejército. El duque se había alarmado naturalmente al recibir la segunda carta; consultó á su amigo, y, al fin, se acordó que fuese á la Abadía de Westminster, previniéndose antes á dos ó tres condestables que estuvieran á la vista, como si pasearan para ver los monumentos; pero tenían orden de prender á cualquiera persona sospechosa apenas el duque hiciese una señal.

Apenas habría estado en la Abadía unos cinco minutos, cuando la persona á quien había hablado la vez anterior en Hyde Park se presentó acompañada de un hombre de aspecto decente. Los dos se dirigieron hacia el coro, y separáronse después. La persona á quien el duque había visto antes, y que después resultó ser Guillermo Barnard, se paseó un rato, mirando las inscripciones, y á veces fijaba la vista en el duque, que estuvo algunos minutos muy cerca del hombre para ver si le dirigía la palabra; mas como guardase silencio, al fin le habló.

—¿Tiene V. algo que decirme, caballero? — preguntóle.

—No, señor, — contestó el hombre; — nada tengo que decir.

—Seguramente que sí,—repuso el duque.

Entonces Barnard paseó arriba y abajo por un lado de la nave, y el duque por el otro, durante seis ó siete minutos, sin que se cruzase la menor palabra. Después el duque de Marlborough salió de la Abadía por la puerta grande, sin producirse por el pronto ningún incidente; pero uno de los encargados de vigilar á Barnard observó que éste se colocaba detrás de una columna al salir, y que desde allí dirigía ansiosas miradas al duque. Este último, con laudable prudencia, no quiso aún que se le detuviera, por temor de agraviar á un hombre inocente; pero pocos días después recibió una tercera carta, que, comparada con las otras dos, resultó ser evidentemente de la misma persona. Hé aquí su contenido:

«Señor: Estoy plenamente convencido de que el domingo llevaba V. un compañero, lo cual atribuyo á la debilidad de la naturaleza humana; pero semejante proceder dista mucho de ser ingenioso y puede tener malas consecuencias, mientras que no responde al fin propuesto. Me verá V. pronto, como si fuera por casualidad, y le será fácil ver dónde voy. En su consecuencia, le esperaré; pero confío en que estaremos completamente solos y nos será dado conversar en voz baja. Deberá V. dar también su palabra de honor, cuando nos encontramos, de que no se revelará ninguna parte de la conversación. Satisfecha esta condición y las anteriores, podrá V. estar del todo seguro. En el caso de no cumplirse esto, ó de proyectarse alguna cosa para descubrirme, mi venganza será lenta, pero no menos inevitable,

pues todas las probabilidades se multiplicarán contra V. Acaso dude después de que hayamos hablado; pero es necesario que las apariencias encubran el fondo. La familia de los Bloods (Sangrientos) no se ha extinguido, pero no trato de imitarlos.»

Transcurrieron más de dos meses sin que el duque volviese á oír nada de aquel extraordinario correspondiente, cuando cierto día le sorprendió recibir por el correo la siguiente carta, de tosco carácter de letra, pero no imitando la de imprenta, como la anterior.

«A Su Gracia el duque de Marlborough.

»Dispénseme el señor duque si le digo que tengo motivos para creer que el hijo de un tal Barnard, constructor de coches en Abingdon, en Westminster, posee algunos secretos de los cuales depende casi la salvación de Vuecencia. Su padre se halla ahora fuera de la ciudad, y, gracias á esto, tendrá Su Señoría ocasión de interrogarle privadamente.

»Sería inútil para Vuecencia, así como peligroso para mí, figurar públicamente en este asunto.—Un amigo sincero.

»Anónimo.»

«P. S. Con frecuencia se le ve en el café de la Puerta de Story.»

En el transcurso de la semana se envió á dicho café un mensajero, que encontró allí á Barnard, el cual manifestó mucha sorpresa cuando se le dijo que el duque de Marlborough deseaba hablar con él.

—Es muy extraño,—repuso,—pues el duque me dirigió la palabra en Hyde Park, aunque no le había visto antes en toda mi vida.

Uno ó dos días después, obedeciendo á la insinuación que se le hizo, fué á la casa de Marlborough.

Apenas se presentó, el duque reconoció inmediatamente la fisonomía de la misma persona que antes había visto en Hyde Park y en la Abadía de Westminster; y al preguntarle si tenía algo que decir contestó negativamente.

El duque revisó entonces las cartas y circunstancias, fijándose particularmente en la última de aquéllas, en la cual se decía que Barnard casi interesaba á la salvación de Su Excelencia; pero á todos estos puntos, el hombre contestó que no tenía conocimiento de nada. El duque observó entonces que el autor de las cartas en cuestión parecía ser hombre inteligente y bien educado.

—¿Es posible ser pobre e instruido?—contestó Barnard.

—Sí,—repuso el duque;—pero me parece ver en ese hombre algo extravagante.

—Imagino que estará loco,—replicó Barnard.

—Le sorprendió mucho que yo llevara pistolas?—continuó Su Excelencia.

—Sí, me sorprendió que Su Señoría llevase pistolas, luciendo al mismo tiempo la estrella de su condecoración.

—Y ¿por qué le sorprendió esto?

—Porque, siendo el día tan frío, era natural que llevase V. el gabán.

Al leérsele la parte de la carta en que se anunciaba que su padre estaba fuera de la ciudad, pareció vacilar un poco.

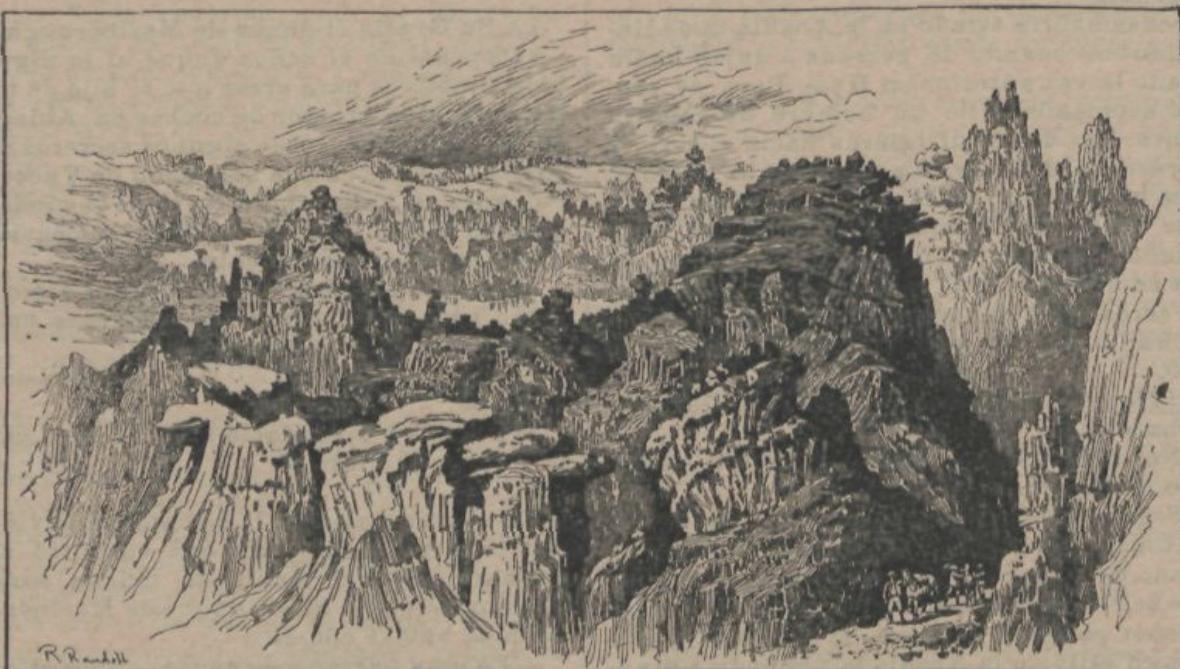
—Es muy extraño,—dijo, al fin;—porque mi padre, en efecto, se había ausentado entonces.

Esta última circunstancia llamó más particularmente la atención del duque, porque la carta no tenía fecha.

—Si es V. inocente,—dijo el duque levantándose, enseñando de que daba por terminada la

Resultó, además, que muchas personas de fortuna y reputación habían visto en el citado día á Barnard en Kensington, y que algunas de ellas comieron en su compañía, mientras que algunas habían oído hablar á Barnard con asombro del hecho de haber encontrado dos veces al duque de Marlborough, y de que Su Excelencia le dirigiera la palabra, cosa que le pareció muy singular.

De los informes recogidos resultó unánimemente que el acusado observaba una vida regular; era sobrio, tenía crédito y acostumbraba



Las malas tierras

conferencia,—seguramente le importará más que á mí encontrar al autor de esas cartas, que pueden perjudicar á su reputación.

Barnard se sonrió y despidióse.

Atendidas estas circunstancias, poco después se juzgó prudente reducir á prisión al misterioso Barnard; instruyóse la causa en 1758, y después de una larga y paciente investigación de los hechos, por demás honrosa para la humanidad del duque, así como por la imparcialidad de los jueces y del jurado, se le absolvió. En favor de Barnard, y corroboradas las pruebas por respetables personas, resultó que el día en que el acusado encontró al duque en Hyde Park, había sido enviado por su padre á practicar varias diligencias en Kensington. En cuanto á la circunstancia de hallarse en la Abadía, una persona digna de crédito, misterio Greenwood, que era quien acompañaba á Barnard, dijo que, contrariamente á los deseos de éste, con dificultad pudo inducirle á pasear con él desde Abingdon hasta el Parque aquella mañana; que iban hacia allí sin pasar por la Abadía; pero que Greenwood, recordando que no había visto un monumento nuevo, se empeñó en cruzar por aquélla.

ba á recibir diariamente sumas considerables.

La persona á quien debemos esta curiosa historia nos asegura que ciertas circunstancias ocurridas después, particularmente cierta transacción con un director de la Compañía de la India, hacía muy probable el delito de Barnard. Los hechos son singulares; pero nos inclinamos á creer que él era el culpable, sobre todo por la concisión de sus respuestas, y porque no manifestó empeño para averiguar quién era el verdadero delincuente. Un hombre de clara inteligencia, como él lo era, sin duda, hubiera podido arreglarse de modo que Greenwood apareciese como la persona que había deseado ir á la Abadía, induciéndole á él á que le acompañasen; y en cuanto á la inconsistencia del resto de su conducta, esto no prueba nada, tratándose de personas de buena educación. Barnard podía haber tenido algún acceso de la locura que él atribuyó á una persona anónima, y al mismo tiempo no es improbable que tuviera cómplices, y que cada uno de ellos estuviese preparado á presentarse en caso necesario, ó bien que todos renunciaran á intervenir en el asunto.

LAS «MALAS TIERRAS»

Hace poco tiempo, durante una excursión á través del valle de Yellowstone, trabé conocimiento con dos jóvenes ganaderos, cuya narración sobre sus aventuras en aquella parte del país, en los últimos ocho años, me pareció tan interesante que la juzgué digna de ser escrita, pues no deja de ser curiosa.

Harland Davis fué á Minnesota desde Rhode Island en 1874; contaba entonces diez y ocho

poco más ó menos de la misma edad que Harland; los dos se habían escrito con frecuencia, y es probable que las exageraciones de Curtis sobre la vida que se hacía en el Oeste inspiraron á su primo el deseo de ir allí.

Llegó á Minnesota en septiembre, cuando se hacía la recolección. Había creído siempre que Minnesota estaba muy lejos por el Oeste; pero pronto se convenció de que los habitantes se consideraban más bien como del Este, pues siempre hablaban del país que se extiende más allá del río Misuri, como si fuera el Oeste.



LAS «MALAS TIERRAS»: Los dos jóvenes vieron bajar de una pendiente una manada de búfalos...

años, y su padre, tratante en ganado, tenía una posición desahogada.

A Harland no le agració trabajar en un escritorio de un almacén: aficionado á la vida activa, pensaba que podría hacer fortuna como ganadero ó minero, ó bien adquiriendo alguna tierra de las que se concedían á los pobladores; y tanto insistió en probar fortuna, que su padre le concedió, al fin, permiso para ir al Minnesota á visitar á la familia de su tío, Jorge Stone, que habitaba allí hacía ocho ó diez años.

Se acordó esto porque era lo mejor que podía hacerse para que el joven conociera el rudo género de vida que se observa en aquellas regiones. Si no le agradaba, seguramente volvería pronto, y entonces tal vez se conformase con trabajar en su casa.

El tío Jorge tenía un hijo llamado Curtis,

También observó que su primo Curtis estaba tan descontento en la granja de su padre, en el Minnesota, como él lo estuvo en los almacenes del suyo, en Rhode Island.

Dakota y Montana eran, en concepto de Curtis, los grandes países para establecerse, y parecíale que una ganadería ó granja allí era muy suficiente para hacer la fortuna de un hombre en ocho ó diez años. Harland, por supuesto, se dejó llevar del entusiasmo de su amigo; y, apenas hubo terminado la recolección del trigo, los dos jóvenes, acompañados de dos hombres que habían trabajado para Mr. Stone, emprendieron el viaje para trasladarse á Dakota.

Montaban cada cual en su yegua, como es costumbre en aquella región, y durante seis semanas ocupáronse en buscar un punto conveniente para establecer una ganadería.

Durante este tiempo, según confesión del mismo Harland, los dos se divirtieron de una manera que éste no había conocido antes.

Los pequeños lagos que de continuo encontraban ofrecíanles agradables pasatiempos, porque en ellos abundaban los peces, y en algunos los patos salvajes, siéndoles además muy fácil dar caza al ciervo todos los días.

El paso del río Misuri se efectuó en una barca, cerca del Fuerte Yates; y en la primera tarde, cuando avanzaban por la inmensa pradera, ya lejos de aquél, vieron una manada de al menos trescientos búfalos que trotaban en largas líneas hacia el S.

Tres días después de haber dejado el río Misuri llegaron al lindero de aquella singular extensión del país, conocido con el nombre de *mala tierra* del Pequeño Misuri. En este punto, y en el espacio de centenares de millas cuadradas, la arcilla profunda y los estratos de arenisca blanda han formado con el tiempo extrañas cavidades, de esas que en el país llaman *cañones*, y algunas de las cuales tienen el carácter de precipicios. Estos *cañones* se enlazan entre sí, y circuyen esos singulares picos, cuyos lados, desmoronándose con frecuencia, comunican á toda la región el aspecto de un desierto.

Debajo de la arcilla y de los estratos de arenisca hay lechos de lignito, especie de carbón blando; en muchas partes se han consumido, ó bien están en ignición aún, llenando los *cañones* y cubriendo los lados de los picos de escorias rojizas y grandes masas de una sustancia semejante á lava.

No debe extrañarse que los primitivos viajeros, asombrados al ver los curiosos picos y *cañones*, dieran á esta región el nombre de *mala tierra*. En muchos puntos, el paisaje es realmente terrorífico, y no se parece á nada de lo que se ve en todo el resto de aquel dominio nacional; mas, á pesar de hallarse tan terriblemente cortado, el suelo es muy bueno en aquellas llamadas *tierras malas*, sobre todo á lo largo del lecho de los más antiguos *cañones* ó valles, y á veces en las cumbres de los picos más grandes. En varios barrancos crece el cedro rojo y el álamo, y en algunos se encuentran pinos; mientras que las yerbas, así las comunes como las que los búfalos buscan siempre, se hallan en extremo abundantes.

A Harland Davis le pareció este país el más extraño que había visto en su vida. Los dos jóvenes, seguidos de sus acompañantes, pasaron de un desfiladero á otro, sin saber apenas, ni aun con ayuda de la brújula, á dónde iban á parar, ni cómo saldrían de allí.

Los antílopes abundaban de tal modo, que mataron cuantos quisieron; de modo que no podía faltarles el alimento, y también divisaron algunos ciervos de cola negra. Fácilmente podían construir allí un refugio para pasar las noches; y durante quince días del agradable mes de octubre, los dos jóvenes, llenos de salud, estuvieron muy contentos y divertidos.

Sin embargo, no olvidaron el objeto de su viaje, y buscando siempre terreno á propósito,

llegaron, al fin, á un sitio que, en opinión de Curtis y Harland, era más conveniente para establecer una ganadería.

Era un lugar donde había anchos picos, ó más bien, como otros dirían, altas mesetas de considerable extensión, que, perteneciendo á la pradera, formaban parte del primer nivel del país; mas el terreno estaba cortado en todas partes por barrancos de doscientos á trescientos pies de profundidad.

No obstante, las mesetas presentaban una superficie del todo uniforme de fértil terreno de la pradera, donde las yerbas crecían muy espesas y altas, sin que hubiese un solo matorral.

La primera que prepararon tenía cerca de una milla de diámetro, y era casi circular; la segunda, situada al N. de la primera, y de contorno menos uniforme, tendría, en opinión de los jóvenes, unos setecientos acres de terreno, dividido solamente por un barranco no muy profundo al S. de la extremidad de la primera meseta; de modo que bastaban uno ó dos días de trabajo para llenar de tierra una parte del hueco y establecer así comunicación entre la primera y la segunda.

A corta distancia veíanse otros picos semejantes; pero los dos jóvenes, satisfechos con lo que tenían, no quisieron buscar más.

—Este es el sitio que nos conviene para el negocio, amigo Harland,—dijo Curtis después de pasear la mirada detenidamente á su alrededor. Aquí no nos costará un cuarto levantar una cerca, que es lo que más dinero exige, y que todo ganadero debe tener, á no ser que quiera estar todo el día montado. Tenemos en este sitio á nuestra disposición mil quinientos acres, en los cuales no se necesita cerca alguna, pues nadie podría bajar por esos barrancos, ni lo intentaría tampoco; de modo que no es posible llegar hasta nosotros. Tenemos todo el terreno libre á nuestra disposición, si los Pielles Rojas quieren dejarnos en paz, y no temo que vengan, pues no hemos visto ni uno solo.

En el lado S. de la primera meseta, la pendiente no era tan escabrosa ni tan alta como las demás, y después de franquear una altura de veinte pies prolongábase en forma de pendiente á la distancia de media milla, limitándola en este punto un *cañón* de bastante profundidad.

Los jóvenes resolvieron construir allí su cabaña, por haber encontrado cerca un manantial de agua excelente, y vieron que les bastaría menos de una semana de trabajo para formar una especie de puente y levantar una cerca inferior, estableciendo un paso.

De este modo podían tener sus corrales cerca de la cabaña, y en la estación calurosa dar de beber al ganado. En fin: parecían que podían tener allí al menos mil reses, sin necesidad de gastar un cuarto para los trabajos preparatorios.

Tampoco sería necesario dividir ó acotar el terreno, porque no era nada probable que ningún poblador pensara en ir á establecerse en

las *malas tierras*, ni menos organizar allí una granja; pero, aunque así sucediese, todo se podía arreglar.

Por si acaso, agruparon cierto número de piedras en los picos, á guisa de poste indicador, marcando el sendero que deberían seguir cuando abandonasen aquellos parajes, á cuyo efecto claváronse estacas y se formaron otros montones de piedras, á fin de encontrar fácilmente el sitio en la primavera siguiente.

Los jóvenes volvieron á Minnesota en noviembre: habíanles sorprendido á su regreso dos tempestades de nieve; pero llegaban sanos y animosos y entusiasmados con su proyecto.

Harland escribió á su padre, dándole cuenta de sus futuros planes y de sus doradas esperanzas: el buen hombre se entristeció un poco al leer la carta, porque suponía que Harland hubiera vuelto pronto, dándose por contento con estar en su casa; mas, al ver que persistía y estaba resuelto, con buenas esperanzas de conseguir buen resultado, envióle cuatrocientos duros, recomendándole que trabajara y fuera honrado.

Aquel invierno, Curtis ganó con sus trabajos un centenar de duros, y Harland, cortando maderas algunas semanas, consiguió ahorrar setenta más.

En el mes de abril, los dos socios, reuniendo su dinero, comenzaron á comprar ganado: tenían setecientos duros en metálico y dos yeguas, y en pocos días compraron treinta becerras, diez vacas de leche con sus terneros, y también un toro para los fines de la cría, al que dieron el nombre de *Duque*.

El día 24 de mayo emprendieron la marcha conduciendo su ganado á través del país, des de Minnesota hasta su nuevo rancho, en las *malas tierras* del Pequeño Misuri: la distancia era, por lo menos, de cuatrocientas millas. Los ganaderos de los territorios occidentales conducen á menudo sus ganados á doble distancia, dejándolos pacer á medida que van avanzando; de modo que no recorren más de seis á diez millas diarias. De este modo el ganado, cuidadosamente conducido, llegarán, por lo regular, al punto á que se dirige, en las mejores condiciones, engordando á menudo los animales.

Varios ganaderos sostienen que este ejercicio diario es mejor para las reses que la inacción en un lugar fijo; los de las estepas de la Tartaria asiática han procedido así desde tiempo inmemorial con sus manadas y rebaños, emigrando con el cambio de estación.

Nuestros dos aventureros avanzaron un día y otro á través de las extensas praderas de Dakota, y comúnmente acampaban por la noche cerca de un pequeño lago. A últimos de junio llegaron al río Misuri, el cual cruzaron por delante del antiguo Fuerte Yates, y allí perdieron una vaca que cayó de la barca estacionada allí para pasar los viajeros, y que la cenagosa corriente arrastró, sin que les fuera posible recobrar después su cuerpo, pues quedó del todo sepultado.

El Misuri es un río que no devuelve nunca

su presa: lo que caiga en su corriente, hombre ó animal, se ahoga sin remedio y queda enterrado también. Por más que esto no le agrade al americano, forzoso es decir que el Misuri es el río más mezquino por sus dimensiones, aunque bastante ancho. Durante todo el año arrastra de continuo cieno; y si bien á veces tiene crecida y se desborda, arrojando de sí cuanto tiene en el fondo, en cambio otras se oculta casi á la vista, deslizándose por las arenas. La naturaleza no le destinó nunca para río navegable.

Los jóvenes perdieron también un ternero, que se llevaron tres ó cuatro lobos cierta noche, cuando acampaban, sin que tuvieran tiempo de impedirlo. En cambio, durante su marcha agregáronse al ganado tres novillos; y como estos animales no estaban marcados, no tuvieron inconveniente en considerarlos como suyos, según la práctica común en el país.

Para su propia marca habían adoptado las iniciales H. C. con una barrita encima, de este modo: H. C.

Todo siguió adelante sin ninguna pérdida grave hasta el quinto día, cuando estuvieron al O. del Misuri. ¡Mala jornada fué aquélla! Avanzaban por el fondo del barranco del río Ball, hallándose este tributario en la parte N.; y á eso de las tres de la tarde, habiéndose detenido para que el ganado descansase, oyeron un ruido singular y sordo, que poco á poco subió de tono.

— Me parece que eso no puede ser el trueno, amigo Harland,—dijo Curtis.

— Es demasiado persistente para que le consideremos como tal,—repuso Harland.

— Pero advierte que no hay ninguna línea férrea á cien millas de aquí,—dijo Curtis.

El ruido era cada vez más fuerte, y parecía provenir de unos matorrales que se elevaban al S. del río.

— A decir verdad,—replicó Harland,—ó eso es un tren de camino de hierro, ó algo muy pesado, y no cabe duda de que viene hacia aquí.

Así diciendo, se puso en pie.

En el mismo instante oyeron varios tiros y gritos, y un momento después divisaron una nube de polvo que se elevaba sobre los matorrales. Los dos jóvenes saltaron á sus sillas, y esforzáronse para que el ganado avanzara con rapidez; pero los perezosos animales se movían lentamente, y antes de que hubieran recorrido una distancia de cien varas vieron bajar de una pendiente y dirigirse sobre ellos una inmensa manada de búfalos, que huían como locos.

Un torbellino de polvo los envolvió en pocos segundos, y detrás de ellos aparecieron á poco unos veinte jinetes, espoleando sus caballos, haciendo fuego rápidamente por todas partes y gritando á cada detonación.

Sin embargo, el estrépito que producía la manada de búfalos en su vertiginosa carrera impedía oír los tiros y las voces; hasta el suelo parecía retremblar bajo el paso de aquellos animales; un antílope, varios ciervos y un oso



LAS «MALAS TIERRAS»: Los búfalos caían por todas partes, y los indios, en medio del río, rematábanlos...

iban á la cabeza, y todos avanzaban directamente á través del fondo hacia el río, donde nuestros dos jóvenes se esforzaban inútilmen-

te para desviar á sus animales de la línea de la caza.

(Se concluirá)

=ADMINISTRACION: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA=

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

Establishimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA